

CARLOS ROMERO MUÑOZ

LOS CHOCARREROS DE CERVANTES

En cierto pasaje del *Coloquio de los perros*, Berganza dice a Cipión<sup>1</sup>:

“...no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito quando veo que un cavallero se haze chocarrero y se precia que sabe jugar los cubilettes y las agallas y que no ay quien como él sepa baylar la chacona”.

Agustín G. de Amezúa, en su notable edición del diálogo,<sup>2</sup> ilustra estas frases con sendas notas sobre el juego de los cubilettes y las agallas<sup>3</sup> y sobre la chacona<sup>4</sup>, pero poco o nada nuevo nos dice acerca de qué debemos entender aquí por *chocarrero*, ya que él acepta sin reservas las definiciones del *Tesoro* de Covarrubias<sup>5</sup> y del *Diccionario de Autoridades*<sup>7</sup>, remachando el – a su parecer, inequívoco – significado de ‘bufón, truhán’, con testimonios del P. Alcocer<sup>8</sup> y de Cristóbal de Villalón<sup>9</sup>.

El hecho no deja de ser curioso, porque, en el juego de manos mencionado por el perro parlante, junto a la dimensión de divertida maravilla para el espectador de estas habilidades propiamente “juglarescas”, es bien fácil detectar otra de latente culpabilidad, que sólo necesita una ocasión (el momento de echar mano al dinero) para manifestarse y permitir llamar sin más ‘fullero, tramposo, tahir’ a quien lo ejecuta en daño de unos ingenuos codiciosos que, del inocente asombro, pasan a la participación activa y a convertirse en víctimas, gracias a una técnica punto menos que infalible. (Tanto, que

<sup>1</sup> Por la ed. princeps (Madrid, Juan de la Cuesta, 1613), f 247 v<sup>o</sup>.

<sup>2</sup> “El casamiento engañoso “ y el “Coloquio de los perros”, *novelas ejemplares de Miguel de Cervantes Saavedra*. Ed. crít., con introd. y notas por... Madrid, Real Academia Española, 1912.

<sup>3</sup> N. 123 (pp. 481-482).

<sup>4</sup> N. 124 (pp. 482-491).

<sup>5</sup> N. 122 (pp. 480-481).

<sup>6</sup> “El hombre gracioso y truhán, quasi iocarrero, *a ioco*, porque es hombre de burlas, y con quien todos se burlan, y también él se burla de todos, porque con aquella vida tienen libertad, y comen y beven y juegan”.

<sup>7</sup> “El bufón, truhán y placentero, que siempre habla de burlas, para hacer reír a otros, sin tener otro empleo ni ejercicio”.

<sup>8</sup> *Tratado del juego...*, Salamanca, Andrea de Portonariis, 1559, p. 279.

<sup>9</sup> *Diálogo [que trata] de las transformaciones [de Pitágoras...]*: cfr. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Orígenes de la novela*, II - en *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* [= NBAE], 7, p. 106.

cuando “no sale bien” hay que atribuirlo a maliciosa ficción del chocarrero de turno, que así procura deslumbrar y reducir aún más la desconfinza de quienes pretende engañar)<sup>10</sup>. A pesar de ello, tampoco Francisco Rodríguez Marín encuentra nada que objetar a la interpretación puramente lúdica del término<sup>11</sup>. Sobre el cual pasa la casi totalidad de los más recientes editores de las *Novelas ejemplares* sin dejar muestra de que les haya planteado el menor problema<sup>12</sup>.

El tácito pero evidente acuerdo con la clave de lectura tradicional resulta por fin roto en la ed. de Frances Luttikhuisen<sup>13</sup>, para la cual *chocarrero* significa, sin alternativa, “fullero; tramposo en el juego”. Lo más probable es que la estudiosa se base, sencillamente, en el *Diccionario de la lengua española* publicado por la Real Academia<sup>14</sup> pero muy bien podría disponer de una – larga o breve – serie de testimonios probatorios de la vitalidad de esta acepción en época no demasiado anterior y/o por entero contemporánea a la de Cervantes.

En espera de que, si Luikhuizen los conoce realmente, tenga la bondad de hacerlos públicos, no me parece inoportuno dedicarle, desde nuestra revista, los que yo mismo he podido reunir, con vistas a reducir o desvanecer el índice de opacidad semántica que estas frases del *Coloquio* (pero, como veremos, no sólo del *Coloquio*) siguen deparando todavía hoy al simple lector de buena fe y hasta al especialista<sup>15</sup>.

Cristóbal de las Casas escribe en la primera parte de su *Vocabulario de las dos lenguas, toscana y castellana*<sup>16</sup>: “Barro: Tahur, chocarrero” y, en la segunda, “Chocarrerías: Fräsche [es decir, ‘mentiras’]”, seguido de “Chocarrero: Barattiere, barro, ciancione”. No deja de ser significativo que, en *todos* los diccionarios de la lengua castellana

<sup>10</sup> Cubiletes y agallas constitutían el juego de *pasa pasa* o *maese* (o *mase*) *coral*, es decir el equivalente del de *las tres cajitas* (en ocasiones, cáscaras de nueces) o de *las tres cartas*, aún hoy vivo en ciertos parajes de las ciudades españolas (y no sólo españolas: yo lo he visto hacer en Nápoles, Venecia, Berlín, Belgrado, Bucarest...) Siempre, claro está, por parte de gente *non sancta* y temerosa de la aparición de la policía, que – con razón – lo persigue.

<sup>11</sup> Cfr. su ed. de siete *Novelas ejemplares* (Madrid, Clásicos Castellanos, 27 y 36: La Lectura, 1914-1917: cito por la reimpresión de Espasa Calpe, 1965), II, 237.

<sup>12</sup> Pienso en Harry Sieber (Madrid, Cátedra, 1980), Juan Bautista Avalle-Arce (M., Castalia, 1982), Julio Rodríguez-Luis (M., Taurus, 1985), Luciano García Lorenzo-Carmen Menéndez Onrubia (M., Espasa-Calpe, 1986), Florencio Sevilla Arroyo-Antonio Rey Hazas (M., Espasa-Calpe, 1993) y Rosa Navarro Durán (M., Alianza Ed., 1995).

<sup>13</sup> Introducción de Alberto Blecuá. Barcelona, Planeta, 1994.

<sup>14</sup> Que presenta esta definición – como 3ª acepción – a partir, por lo menos (no puedo precisar más en el lugar en que escribo) de su 16ª ed. (Madrid, 1936: en el ejemplar a mi alcance aparece *también* un 1939, “año triunfal”). La novedad (si de veras lo es la de esta ed.) tal vez se explique como una natural consecuencia de los trabajos realizados para la redacción del *Diccionario histórico de la lengua española*, comenzado a publicar por la propia Academia en 1935 (la empresa quedó truncada en el vol. II [B-cevilla], aparecido en 1936).

<sup>15</sup> El día en que el nuevo y monumental *Diccionario histórico de la lengua española* (en curso de publicación a partir de 1972) haya sido editado totalmente, el ciudadano “de a pie”, hoy sin acceso inmediato a los riquísimos ficheros de la institución que lo elabora, podrá encontrar, entre tantas otras cosas objetivamente más importantes, una cumplida documentación de los avatares de nuestro adjetivo, “usado también como sustantivo”.

<sup>16</sup> Sevilla, Alonso Escrivano, 1570. Existe una ed. facsimilar, con prólogo de Juan M. Lope Blanch, a cargo de A. David Kossoff (preparada para Wareham Imprints, Wareham, Massachusetts), Madrid, Ediciones Istmo, 1988.

compilados con posterioridad, *chocarrero* resulte ya registrado *tan sólo* como ‘bufón, truhán’ y variantes<sup>17</sup>. Sin duda, en el arco de treinta o cuarenta años, la acepción – en determinado momento, poco menos que primaria – de ‘fullero’ ha perdido fuerza; más aún: está desapareciendo del uso. ¿A todos los niveles? Quiza, pero es legítimo imaginar cierta resistencia en el ámbito que le habrá resultado siempre más congenial: la jerga de los tahures y, en general, la(s) de los que hoy llamamos “marginados”. A esta convicción me llevan los siguientes testimonios, bien anclados en los dos últimos tercios del siglo XVI y en los primeros años del XVII:

“Entre ellos tenía yo dos chocarreros en ábito de cortesanos y con apariencia de simples, los quales se hazían de rogar primero y, tomadas las cartas en las manos, más falsas que yo, con disimulaciones tiravan assí la moneda a todos los combidados...”<sup>18</sup>.

“Algunos chocarreros ay que se hacen mancos, y que no pueden barajar, porque assí los ponen mejor a su voluntad”<sup>19</sup>.

“Y no para en esto el negocio, que hay algunos chocarreros de los que se concertan que, yendo por ambos la moneda que juegan, el uno arma con dineros al contrario de la cuarta o quinta parte, porque, perdiendo allí, gana acullá la mitad del dinero”<sup>20</sup>.

“... y estos dados [con truco] llevan los chocarreros escondidos, y cuando tienen una suerte de doce o trece o catorce puntos, echan los dados de manera que se les caya alguno en el suelo y, haciendo que se bajan por él, sacan otro de los de mayor, que meten en su lugar, y como está cargado en el as, cae siempre para abajo, y el seis para arriba...”<sup>21</sup>.

<sup>17</sup> Cfr., en SAMUEL GILI GAYA, *Tesoro Lexicográfico: 1492-1726* (Tomo Primero: A-E. Madrid, C.S.I.C., 1960), las definiciones de Richard Percival (1599), Francisco del Rosal (1601), Joan Palet (1604), César Oudin (1604), Sebastián de Covarrubias Orozco (1611), Lorenzo Franciosini (1620), Baltasar Henríquez Hyberno (1679) y Francisco Sobrino (1705). Igual hacen, más tarde, el *Diccionario de la lengua castellana* publicado por la Real Academia Española, tanto en su primera edición (la llamada *de Autoridades*: 1726-1739), como en todas las posteriores, hasta la 16ª (cfr. n. 14); el de Estaban Terreros y Pando (1786-1793); los de Joan Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* [= DCELC] (1955-1957) y *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (1967) e incluso el de José Luis Alonso Hernández, *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro* (1977).

<sup>18</sup> Cfr. la traducción castellana del *Dialogo delle cortigiane*, del Aretino [*Coloquio de las damas*] (1548): en la ed. de Marcelino Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, tomo IV (NBAE, 21), p. 261 a. (Téngase en cuenta que, según DCELC, el término está registrado por 1º vez en los *Dialogos* de Pero Mejía [1547]. La ed. actualizada por J. - Pascual [198...] no presenta la menor novedad en este artículo).

<sup>19</sup> Cfr. ANTONIO DE TORQUEMADA, *Colloquios satíricos*, (1552): “coloquio primero”, dedicado precisamente a “los daños corporales del juego”. Por la cit. ed. de Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, tomo II (NBAE, 7), p. 496 a.

<sup>20</sup> Op. y ed. cit., p. 496 b.

<sup>21</sup> Op. y ed. cit., pp. 496 b-497 a.

“... digo que todos los que ganan en los juegos con naipes o dados falsos o con otro cualquier género de las chocarrerías y traiciones que he dicho, están obligados a restituir, so pena de irse al infierno...”<sup>22</sup>.

“Vingué a València un chocarrero fingint que sabia d'alquímia. [...] Cebant-los d'esta manera, acudiren molts ab grossa quantitat i ell desaparegué ab més de dos mil ducats...”<sup>23</sup>.

“Destos tales decía un tahir ingenioso: ‘Aquí de Dios, ¿qué es cosa y cosa, unos hombres sin renta, oficio ni beneficio, sin llover Dios sobre hacienda suya, todo el año jugando doblones y más doblones?’ Ello es una de dos: o demasiada ventura, y ésta no puede ser tan estable, o *chocarrería*, que así llaman también este modo de fulleros”<sup>24</sup>.

“Autorizada”, con los medios hoy a mi disposición, la validez, para el pasaje arriba reproducido, de la ecuación *chocarrero* = ‘fullero, tahir’, no será inútil revisar otros del propio *Coloquio* en que reaparece el mismo término.

El propio Berganza recuerda, algo más adelante<sup>25</sup>:

“Quiso mi buena suerte que hallé allí<sup>26</sup> una compañía de soldados, que, según oí dezir, se yvan a embarcar a Cartagena. Estaban en ella quatro rufianes, de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que avía sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores”.

*Rufianes*, amigos de *su último amo* (y ¡qué amo, el alguacil de Sevilla!), *corchete*, *chocarrero*. En su aparente neutralidad, la pura serialización de los términos comporta un juicio, secamente negativo, del *atambor*. A quien con todo derecho podemos imaginar jugando a los dados o a las cartas sobre el tenso parche de su caja (es un lugar común de la literatura de la época)<sup>27</sup> o/y ... engañando, con malas tretas propias y de quien(es) le acompaña(n) y le ayuda(n) a realizarlas, a cuantos incautos creen posible nada menos que desplumarlo. Una vez más – de nuevo sola –, Luttikhuizen no lo duda y – a mi parecer, con toda la razón de este mundo – califica al personaje de “fullero; tramposo”.

<sup>22</sup> Op. y ed. cit., p. 497 b.

<sup>23</sup> JUAN TIMONEDA, cuento VI de la Primera parte de *El sobremesa y alivio de caminantes* (1569: por la ed. de B. C. Aribau [BAE, III], p. 270 a). La primera línea está cit. en DCELC, donde, sin embargo, se insiste en el valor de ‘truhán’, y basta.

<sup>24</sup> DIEGO DE LUQUE FAJARDO, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*. Madrid, Miguel Serrano de Vargas, 1603. Por la ed. de Martín de Riquer (Madrid, Real Academia Española, 1955), tomo II, p. 91.

<sup>25</sup> Fol. 257 vº.

<sup>26</sup> En Mairena.

<sup>27</sup> Cfr., p. ej., PEDRO ORDOÑEZ DE CEBALLOS, *Viaje del mundo* (Parte III, c. 10: por la ed. de Manuel Serrano y Sanz, *Autobiografías y memorias*, [en NBAE, 2], p. 434 a); JUAN DE MATOS FRAGOSO, *Lorenzo me llamo* (acto I: por la ed. de Ramón de Mesonero Romanos [en BAE, XLVII], p. 225 a) y ‘Fernando de Zárate’ (prefiero no entrar ahora en cuestiones de autoría), *La conquista de México* (acto I: en *Parte Treinta de Comedias nuevas y escogidas...*, Madrid, Domingo García Morrás, 1668, f. 234).

Claro que el atambor no podría dedicarse en toda ocasión, de manera descarada, a la más lucrativa de sus actividades. Ello explica que “se apoye” en un verdadero espectáculo (la otra dimensión de la chocarrería: la colindante con la juglaresca), ora monopersonal, ora más complejo, basado en la colaboración de otros como él – o incluso de animales. No nos sorprende, pues, que Berganza aluda a las funciones por él mismo desempeñadas en los “números” previos al ejercicio de la actividad decididamente culpable, delictiva:

“Es, pues, el caso que el atambor, por tener con que mostrar más sus chocarrerías,<sup>28</sup> comenzó a enseñarme a baylar al son del atambor y a hazer otras monerías tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oyrás, quando te las diga”<sup>29</sup>.

Amaestrado el perro, formalizado el espectáculo en cuestión, todo sirve naturalmente al fin de preparar a lo que el propio atambor llama “lo grueso”<sup>30</sup>: si no me engaño, el juego. Juego (por supuesto, con dinero y con trampa) de cartas, de dados, de cubiletes y agallas...

Frente a esta más que probable supervivencia de la “vieja” acepción de *chocarrero*, a mi parecer aplicable a todas las apariciones del personaje en el *Coloquio*, Cervantes recurre a la aún hoy viva en *La ilustre fregona*<sup>31</sup> (cuando pone en boca de dos personajes:

– Pues, ¿qué – dixo otra moça –, ya se quedan en casa estos mancebos?  
Para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.  
– Déxese de chocarrerías, señora gallega – respondió el huésped –, y no se entremeta con los moços, que la molere a palos”)

y en el *Quijote* (II, 49)<sup>32</sup>, cuando el flamante gobernador Sancho Panza, durante la ronda nocturna por las calles de la “Ínsula Barataria”, responde al mozo que se presenta como “tejedor de lanzas”:

“¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picáis? Está bien...”

Pero los usos lingüísticos no nos abandonan fácilmente. A pesar de las sutiles presiones sociales, de la objetiva constatación de que determinada valencia de un término está declinando, quien la ha empleado con normalidad suele resistirse a renunciar a ella. Yo, en efecto, creo que Cervantes “se resiste” y vuelve a emplear el término en cuestión como equivalente de ‘tatur, fullero, tramposo’ en la parte más tardíamente compuesta del *Persiles*. Precisamente en el 1. III, c. 12, donde la joven y apasionada Ambrosia Agustina cuanta cómo, viendo que su esposo, Contarino de Arbolánchez, sin tiempo siquiera para gozar del recién celebrado matrimonio secreto, ha debido partir con toda urgencia para Italia, en cumplimiento de sus deberes militares, decidió reunirse con él, siguiendo un plan no poco arriesgado:

<sup>28</sup> En la princeps: *chacorrerías*.

<sup>29</sup> F. 258.

<sup>30</sup> F. 259 vº.

<sup>31</sup> F. 167.

<sup>32</sup> Por la ed. princeps (Madrid, Juan de la Cuesta, 1615), f. 186.

“Ausentéme de mi casa, sin sabiduría de ninguno de ella, y, en hábitos de hombre (que fueron los que tomé de un pagezillo), assenté por criado de un atambor de una compañía que estava en un lugar, pienso que ocho leguas del mío. En pocos días toqué la caja tan bien como mi amo; aprendí a ser chocarrero, como lo son los que usan tal oficio...”<sup>33</sup>.

J. B. Avalu-Arce<sup>34</sup> recurre, una vez más, a Covarrubias, pero la definición del ilustre estudioso resulta ya insuficiente para quienquiera piense que la auténtica profesión de este atambor es la misma del presentado, con casi las mismas palabras, en el inolvidable *Coloquio*.

<sup>33</sup> Por la ed. princeps (Madrid, Juan de la Cuesta, 1617), f. 165.

<sup>34</sup> Cfr su ed. del *Persiles*, Madrid, Castalia, 1969.